



molestaron, excitaron en su favor la compasión general, y le dieron más eficaz ayuda que la que sus propios méritos ó la justicia de su causa le hubieran proporcionado.

El carácter de don Carlos ha sido retratado por Lucio Marineo, quien, habiendo escrito una relación de estas transacciones por mandato de don Fernando el Católico, no puede ser sospechoso de indebida imparcialidad á favor del príncipe de Viana. «Por cuanto era tal, dice, la templanza y mesura de aquel príncipe; tan grande el concierto y su crianza y costumbres, la limpieza de su vida, su liberalidad y munificencia, y finalmente su dulce conversación, que ninguna cosa en él faltaba de aquellas que pertenecen al recto vivir, y que arman el verdadero y perfecto príncipe y señor.» Otro de sus contemporáneos le describe como «persona de algo más que mediana estatura, de rostro delicado, de apacible y modesto continente, y algún tanto dado á la melancolía.» Sus conocimientos en música, pintura y algunas artes mecánicas eran bastante sólidos; era en él frecuente distracción el dedicarse á la composición poética, siendo íntimo amigo de alguno de los bardos más notables de la época; pero la filosofía y la historia eran los estudios que más principalmente absorbían su atención. Hizo una traducción de la *Ética* de Aristóteles, que fué por primera vez impresa en Zaragoza, el año de 1509, cerca de cincuenta después de su muerte, y compiló también una crónica de Navarra, desde los tiempos más remotos hasta los suyos, que, aunque no llegó á imprimirse, fué con mucha frecuencia manejada y citada por los anticuarios españoles, Garibay, Blanca y otros. Su inclinación natural y sus costumbres le hacían más á propósito para la tranquila ocupación de las letras, que para las tumultuosas escenas en que le envolvió su desgracia, y en las que tenía que rendirse ante enemigos encanecidos en los usos é intrigas de la corte; pero si su afición á las ciencias, tan rara en su época, y mucho más rara todavía entre los príncipes de todos tiempos, le fué muy poco favorable para dar cima á sus empresas en el activo teatro en que se vió comprometido á figurar, es indudable que le realzó en sumo grado en la

estimación y afecto que una posteridad más ilustrada le ha profesado.

No terminó todavía la tragedia con la muerte de D. Carlos. Su hermana doña Blanca, á pesar de su inofensiva dulzura, se había visto envuelta largo tiempo hacia, por la adhesión que á su infortunado hermano profesaba, en igual proscripción que éste; y recayendo ahora en ella el derecho á la corona de Navarra, debía naturalmente y con doble motivo, ser objeto de continuos celos, así para su padre, actual poseedor de aquel reino, como para su hermana Leonor, condesa de Foix, á quien su padre D. Juan había prometido la sucesión después de sus días. Así sucedió en efecto. El hijo de esta señora, Gastón de Foix, había contraído matrimonio poco tiempo hacia con una hermana de Luis XI de Francia; y en el tratado que con tal motivo se celebró, se había estipulado entre aquel monarca y el rey de Aragón, que doña Blanca sería entregada á la custodia de la condesa de Foix, como seguridad y garantía de que la última y su descendencia sucederían en la corona de Navarra.

Con arreglo á este pacto, procuró D. Juan persuadir á la princesa doña Blanca de que le acompañara á Francia, bajo el pretexto de entablar negociaciones de alianza para ella con el duque de Berri, hermano del rey Luis. La desventurada princesa, comprendiendo demasiado bien las verdaderas intenciones de su padre, le rogó con las más fervientes súplicas que no la entregase en manos de sus enemigos; pero cerrando aquél su corazón á todo impulso de natural afecto, hizo que la sacasen de Olite, punto de su residencia, situado en el centro de sus dominios, y que fuese violentamente conducida á través de las montañas, á los del conde de Foix. Al llegar á San Juan de Pié de Puerto, pueblecillo situado en la falda de los Pirineos franceses, hallándose plenamente convencida de que ya no podía esperar socorro alguno humano, hizo formal renuncia de su derecho al reino de Navarra, en favor de su primo y antiguo marido D. Enrique IV de Castilla, que constantemente había sostenido la causa de su hermano D. Carlos; porque aquel monarca, aunque en extremo degradado por sus sensuales incli-



naciones, era por naturaleza de carácter apacible, y nunca la había tratado en su persona con dureza. En la carta que en esta ocasión le dirigió, y que no puede leerse, dice un historiador español, á pesar de tantos años transcurridos, sin que llegue á conmoverse el corazón ménos sensible, le recordaba los días de felicidad que bajo su amparo había disfrutado, los lazos que á ella le habían unido en otro tiempo, y las desgracias que después había sufrido; y previendo el triste destino que la estaba reservado, le mandaba su herencia de Navarra, con entera exclusión de los que pretendían asesinarla, el conde y la condesa de Foix.

En el mismo día, último del mes de Abril, fué doña Blanca entregada á uno de los emisarios de ésta, quien la condujo al castillo de Ortes en el Bearn, y en él, después de consumirse en la terrible angustia de una cruel expectativa, fué por último envenenada por mandato de su hermana. La mano de la Providencia alcanza frecuentemente al malvado, aun en este mundo. La condesa sobrevivió á su padre para reinar en Navarra solamente tres semanas no cumplidas, y la corona fué arrebatada á su posteridad por aquel mismo D. Fernando, cuya elevación había sido para sus padres motivo de tanta solicitud y de tan multiplicados crímenes.

Durante la quincena que siguió á la muerte de D. Carlos, la diputación aragonesa, reunida en Calatayud, prestó los acostumbrados juramentos de fidelidad, que tan tenazmente habían sido negados á aquel desgraciado príncipe, á su hermano D. Fernando, que sólo contaba á la sazón diez años, reconociéndole como inmediato sucesor de la corona; hecho lo cual, fué conducido por su madre á Cataluña, para recibir los homenajes más dudosos de esta provincia. Los puntos extremos de ella por esta época, parecían estar perfectamente tranquilos; pero secreto descontento agitaba la capital. Veíase al espíritu de D. Carlos recorriendo por la noche las calles de Barcelona, lamentándose con doloridos acentos de su prematuro fin, y clamando venganza contra sus desnaturalizados asesinos; y los multiplicados milagros atribuidos á su sepulcro, muy pronto le alcanzaron la reputación de santo, recibiendo su imagen los

hombres religiosos, concedidos solamente á los que la Iglesia ha canonizado debidamente como tales.

El espíritu revolucionario de los barceloneses, que se conservaba en toda su fuerza, así por el recuerdo de la pasada injuria, como por el temor de una futura venganza, en el caso de que D. Juan consiguiese restablecer sobre ellos su autoridad, llegó muy pronto á ser tan alarmante, que la reina, cuya consumada astucia había, no obstante, conseguido ya el objeto de su visita, juzgó prudente retirarse de la capital, y tomó asilo, con su hijo y los pocos servidores que les permanecían fieles todavía, en Gerona, plaza fuerte situada á unas diez y ocho leguas al Norte de Barcelona.

Hasta allí la persiguió con toda diligencia la milicia catalana, reunida al mando de su antiguo caudillo Roger, conde de Pallás, y deseosa de recobrar la presa que tan descuidadamente se habían dejado escapar. Muy pronto fué la ciudad tomada; pero la reina, con todos sus servidores, se había retirado á una torre de la iglesia principal de aquella plaza, y que, como era muy comun en España en aquellos tiempos de rudeza, estaba de tal modo fortificada, que podía hacer una resistencia formidable. Para oponerse á ésta, construyeron los sitiadores una fortaleza de madera, de la misma altura, guarnecida de lombardas y otras piezas de artillería de las que entonces se usaban, con las cuales se hicieron incesantes disparos de balas de piedra sobre la pequeña guarnición que á la reina defendía. Consiguieron también los catalanes abrir una mina por debajo de la torre, y por su medio llegó á penetrar en ella un numeroso cuerpo de tropas; pero sus prematuros gritos de triunfo revelaron su presencia á los sitiados, que consiguieron rechazarlos después de un encarnizado combate, con no poca pérdida de gente. La reina dió muestras de la mayor impavidez en medio de tan terribles escenas. Sin conmoverse á la vista del riesgo que así ella como su hijo estaban corriendo, ni por los ayes y lamentos de las damas de su comitiva, recorría personalmente todos los puestos de la fortificación, y con su presencia daba nuevo vigor á sus defensores. Tales fueron las tempe-



tuosas y terribles escenas que inauguraron la carrera del joven Fernando, cuya prosperidad posteriormente parecía destinada á no sufrir apenas un revés de fortuna.

En el entretanto, D. Juan, que en vano habia intentado acudir al socorro de su esposa, penetrando por Cataluña, lo consiguió por la cooperacion de su aliado Luis XI de Francia. Este monarca, con su habitual política insidiosa, habia despachado secreta embajada á Barcelona, cuando murió D. Carlos, asegurando su proteccion á los catalanes, si continuaban oponiéndose á toda reconciliacion con su soberano; pero habiendo sido estos ofrecimientos recibidos con mucha frialdad, vió Luis que era más conveniente á sus intereses aceptar las proposiciones que el rey de Aragon le habia hecho, y que produjeron en adelante las más importantes consecuencias. Estipulóse en su virtud por tres diferentes tratados del 2, 21 y 23 de mayo de 1462, que Luis socorreria á su aliado con setecientas lanzas y un número proporcionado de arqueros y artillería, durante la guerra con Barcelona, recibiendo por vía de indemnizacion doscientas mil coronas de oro, en el término de un año despues de la rendicion de aquella ciudad, hipotecando D. Juan á la seguridad de este pago por los condados de Rosellon y Cerdaña, y cediendo sus rentas al monarca frances hasta que la deuda se extinguiera. En esta transacion ambos monarcas pusieron de manifesto su acostumbrada política; creia el frances que esta hipoteca temporal se convertiria en posesion perpétua por la imposibilidad en que D. Juan se veria de cumplir sus compromisos, al paso que el monarca aragones preveia con más fundamento, que, llegado este caso, la aversion de los habitantes á que se desmembrase su provincia de la monarquía de Aragon, burlaria todo intento por parte de la Francia para conseguir su ocupacion permanente.

A consecuencia de estos arreglos, cruzaron las montañas setecientas lanzas francesas, con un cuerpo numeroso de arqueros y artillería, y marchando rápidamente sobre Gerona, obligaron á los insurgentes á levantar el sitio, y á retirarse con tal precipitacion, que dejaron sus

cañones en poder de los realistas. Los catalanes entonces, descorrieron el ligero velo con que hasta allí habian ocultado su conducta. Las autoridades del Principado, establecidas en Barcelona, renunciaron públicamente su homenaje al rey D. Juan y á su hijo D. Fernando, y los proclamaron enemigos de la *república*. Circularon al mismo tiempo, y con profusion, escritos en que se explicaba bajo la autoridad de las Escrituras, igualmente que de la razon natural, las doctrinas de la legitimidad en los términos más explícitos, y se sostenia que los monarcas aragoneses, léjos de ser absolutos, podian ser legalmente depuestos, cuando infringiesen las libertades del país. *El bien de la república*, se decia en ellos, *debe siempre considerarse superior al de príncipe*; extraordinaria doctrinas para la época en que se propalaban, y que forman un contraste más extraordinario todavía con las que han sido despues comunes en aquel desgraciado país!

El gobierno catalan, entónces, hizo leva de todos los mayores de catorce años, y desconfiando de la suficiencia de sus propios recursos, ofreció la soberanía del principado á Enrique IV de Castilla: pero la córte aragonesa habia ensayado con tan buen éxito su influencia en el consejo de este débil monarca, que le redujo á la imposibilidad de prestar á los catalanes auxilio alguno; y como abandonó enteramente su causa antes de terminar el año, fué de nuevo ofrecida la corona á D. Pedro, condestable de Portugal, que descendia de la antigua casa de Barcelona. En el interin, el anciano monarca de Aragon, acompañado del joven D. Fernando, habia alcanzado con su actividad característica, notables ventajas en el territorio sublevado, apoderándose sucesivamente de Lérida, Cervera, Amposta, Tortosa y de las plazas más importantes del Mediodía de Cataluña, muchas de las cuales se hallaban perfectamente fortificadas, y siendo la mayor parte con tal denuedo defendidas, que acasionaron al conquistador enormes pérdidas de tiempo y de dinero. D. Juan, como Filipo de Macedonia, se valia del oro, aun más que de las armas, para reducir á sus enemigos; y aunque en ocasiones se dejó llevar de resentimientos per-



sonales, su conducta general para con los que se le sometian era tan liberal como política. Su competidor, D. Pedro, habia traído muy pocos auxiliares extranjeros para su empresa; no supo tampoco conciliarse la adhesion de sus nuevos súbditos; y como habia además conducido las operaciones de la guerra con lentitud suma, el principado catalan se veia destinado á caer muy pronto nuevamente en manos de su antiguo señor. En estas circunstancias, el príncipe portugués, que habia enfermado, murió el dia 29 de Junio de 1466; pero este acontecimiento, que parecia favorecer igualmente la terminacion de la guerra, fué, en último resultado, causa de su prolongacion.

Era ésta, sin embargo, oportunidad muy propicia para D. Juan, para entrar en negociaciones con los insurgentes; pero tan resueltos se hallaban éstos á sostener su independencia, que el Consejo de Barcelona condenó á ser públicamente ejecutados á dos de sus principales ciudadanos, sospechosos de defeccion, y rehusó además admitir en la ciudad á un enviado de las Córtes aragonesas, mandando que á su presencia se hiciesen pedazos los despachos que este cuerpo le habia confiado.

Los catalanes entónces procedieron á elegir para el trono vacante á Renato de Anjou, por sobrenombre el Bueno, hermano de uno de los primeros competidores á la corona de Aragon á la muerte de D. Martin; cuyo sobrenombre es garantía para los súbditos, de un poder mucho más suave y de mayor utilidad, que el más ambicionado é imponente título de Grande. Este soberano titular de seis imperios, en ninguno de los cuales llegó á poseer una vara de tierra, era de una edad ya demasiado avanzada para tomar sobre sí tamaña empresa; y por esta razon la confió á su hijo Juan, duque de Calabria y Lorena, que en sus románticas expediciones al Mediodía de la Italia, habia alcanzado una reputacion que no tenia superior en su tiempo, por su cortesia y caballerescas prendas. Nubes de aventureros se apresuraron á colocarse bajo la enseña de un caudillo, cuya vasta herencia de pretensiones le habia familiarizado con la guerra desde su más temprana niñez; y así es que muy pronto se vió á

la cabeza de ocho mil guerreros. Luis XI, aunque no favoreció directamente su empresa con auxilios de hombres ó dineros, estuvo tan léjos de oponerse á ella, que le permitió el paso por los desfiladeros del Rosellon, entónces bajo su guarda, facilitándole de este modo la bajada con todo su ejército á las fronteras del Norte de Cataluña.

El rey de Aragon no podia presentar fuerzas capaces de resistir á este ejército formidable. Su erario, escaso siempre, se hallaba ahora completamente exhausto á consecuencia de los extraordinarios gastos que las últimas campañas le habian ocasionado, y como el rey de Francia, ya fuese por disgusto hácia la prolongacion de la guerra, ya por secreta aficion á la empresa de su vasallo feudal, privó á don Juan de los subsidios estipulados, vióse este imposibilitado, careciendo de todo arbitrio de empréstito ó de exaccion, de reunir una cantidad de dinero suficiente para el mantenimiento de sus tropas, y el abastecimiento de sus almacenes. Además de esto, se hallaba tambien envuelto en una contienda con los condes de Foix, que ansiosos de poseer el reino de Navarra, que á la muerte de su padre les estaba prometido, amenazaban una rebelion semejante, aunque fundada en motivos mucho menos justificados, á la que habia justamente sufrido por parte de D. Carlos; y como complemento de desgracia para D. Juan, su vista, que con las fatigas y prolongados sufrimientos que en el sitio de Amposta experimentara, se habia debilitado, le faltó ahora por completo.

Reducido á este extremo, su intrépida mujer, colocándose al frente de las fuerzas que pudo reunir, se dirigió por mar á las costas orientales de Cataluña, poniendo por sí misma sitio á Rosas y contrarestando las operaciones del enemigo por la captura de algunas plazas inferiores, miéntras que el príncipe D. Fernando, reuniéndose á ella delante de Gerona, obligó al duque de Lorena á levantar el sitio de esta importante ciudad. El ardor de D. Fernando, sin embargo, pudo haberle sido muy fatal, porque cansado ya su caballo en un encuentro parcial con una hueste contraria más numerosa, le hubiera sin remedio entregado á sus ma-



nos si no hubiera sido por la adhesion de sus capitanes, algunos de los cuales, arrojándose entre él y sus perseguidores, le facilitaron la huida, sacrificando su propia libertad.

Estos esfuerzos ineficaces no podian contrarrestar á la fortuna. El duque de Lorena triunfó en ésta y las dos campañas siguientes, haciéndose dueño de todo el rico distrito del Ampurdan, al Nordeste de Barcelona. En esta capital, sus prendas de verdadero príncipe y su comportamiento popular le aseguraron una ilimitada influencia, siendo tal el afecto hácia su persona, que cuando se ponía en marcha el pueblo le rodeaba abrazando sus rodillas, los arreos de su corcel, y hasta el corcel mismo en sus raptos de entusiasmo, y se asegura que las señoras empeñaron sus anillos, collares y demas alhajas de su atavío, para con su producto atender á los gastos de la guerra.

El rey D. Juan, en el interin, estaba apurando hasta las heces el cáliz de la amargura. En el invierno del año 1468, su esposa doña Juana Enriquez bajó al sepulcro, víctima de una terrible fiebre que secretamente habia ido acabando con su naturaleza por espacio de algunos años. Bajo muchos aspectos era la mujer más notable de su época, porque no sólo tomó parte activa en la marcha política de su esposo, y aún puede decirse que fué quien la dió direccion, sino que llevó á feliz término diferentes negociaciones diplomáticas de la mayor importancia, y lo que es ménos comun aún en su sexo, desplegó extraordinaria aptitud para los negocios de la guerra. La persecucion que contra su hijastro D. Carlos promovió es una indeleble mancha en su memoria y fué la causa de todas las desgracias que á su esposo sobrevinieron despues, pero su alma invencible y los recursos de su genio, sin embargo, facilitaron á éste los mejores medios de vencer muchas de las dificultades en que ella le envolvió, y su muerte, en tan críticas circunstancias, privó al monarca aragones de toda distraccion, al mismo tiempo que del más eficaz auxilio.

En esta época tambien sus apuros se hicieron mayores todavía, como se verá en el siguiente capítulo, por las negociaciones que

para el matrimonio de D. Fernando se entablaron, el cual, no sólo iba á privarle hasta cierto punto de la cooperacion de su hijo en la lucha que con su pueblo sostenia, sino que, como él mismo decia lamentándose, cuando apenas tenía trescientas monedas en sus arcas, le obligaba á nuevos y crecidos gastos.

Pero así como la hora más oscura se dice comunmente que es la que precede al crepúsculo de la mañana, así parecia igualmente que tras tanta oscuridad se aclaraban algun tanto los asuntos de D. Juan. Un médico de raza hebrea, que residia en Lérida y que monopolizaba en aquel tiempo casi toda la ciencia médica en España persuadió al rey á que se sometiese á la operacion, tan poco usada entónces, de batir las cataratas, y consiguió devolver la vista á uno de sus ojos, y como el judío, segun la costumbre de los árabes, mezclase algun tanto de astrologia con su ciencia verdadera y rehusase operar sobre el otro bajo el pretexto de que los planetas presentaban mal aspecto, D. Juan, cuya ruda naturaleza era insensible á los supersticiosos temores de la época, obligó al médico á que repitiese su operacion, que llevó, en efecto, á feliz término. Así, rehabilitadas sus naturales facultades, el monarca octogenario, que tal puede casi llamársele, recobró su antigua elasticidad, y se preparó para comenzar de nuevo sus operaciones ofensivas contra el enemigo con su acostumbrada energía.

El cielo, igualmente, como si se complaciese de tantas y tan acumuladas desgracias, hizo desaparecer en aquellos momentos el principal obstáculo que á su buena fortuna se oponia, con la muerte del duque de Lorena, que fué arrebatado del teatro de sus breves triunfos el dia 16 de Diciembre de 1469. Sobremanera consternó su muerte á los barceloneses, que la imputaron, como de costumbre, aunque sin fundamento alguno aparente, al veneno; y el respeto que á su memoria profesaron, lo atestiguan los honores reales que á sus cenizas se hicieron. Su cadáver, suntuosamente ataviado, y puesta al costado su victoriosa espada, fué conducido en solemne procesion á traves de las calles iluminadas de la ciudad, y despues de permanecer expuesto al público durante



nueve dias, fué sepultado entre los lamentos del pueblo, en el sepulcro destinado á los soberanos de Cataluña.

Como el padre del difunto príncipe era demasiado anciano, y muy niños todavía sus hijos, para que pudiesen dar á su causa la eficaz ayuda que era necesaria, puede decirse que los catalanes se vieron de nuevo sin caudillo. No se abatió, sin embargo, por esto su firmeza, y con la misma resolucion con que abiertamente se negaron á someterse, más de dos siglos despues, en 1714, ante las fuerzas combinadas de España y Francia, rechazaron los medios conciliatorios que de nuevo les propusiera D. Juan. Este monarca, por lo tanto, habiendo logrado, por medio de extraordinarios esfuerzos, reunir tropas bastantes, se dirigió con su natural presteza á reducir aquellos puntos del distrito oriental de Cataluña que se habian entregado al enemigo, bloqueando al mismo tiempo con el mayor rigor á Barcelona, por mar y tierra; porque siendo de mucha fortaleza sus fortificaciones, no quiso el rey exponer tan bella ciudad á la horrible devastacion de un asalto. Sus habitantes hicieron un vigoroso esfuerzo saliendo á atacar el ejército real; pero la milicia ciudadana fué muy pronto destrozada, y la pérdida de cuatro mil hombres, muertos y prisioneros, les advirtió su impotencia contra los aguerridos veteranos de Aragon.

Reducidos, al fin, al último extremo, consintieron los barceloneses en entrar en negociaciones, que se terminaron en efecto por un tratado igualmente honorífico para ambas partes. Estipulóse en él, que Barcelona conservaria todos sus antiguos privilegios y derechos jurisdiccionales, y con pocas excepciones, sus vastas posesiones territoriales; que se concederia amnistia general; que los mercenarios ex-

tranjeros podrian marchar sanos y salvos; y que aquellos, por último, de los naturales, que rehusasen prestar nuevo homenaje á su antiguo soberano en el término de un año, tendrían libertad para trasladarse con sus efectos adonde tuviesen por conveniente. Uno de los artículos merece especial mencion, y quizá aparecerá algun tanto singular, despues de lo sucedido: se pactó que el rey haria proclamar públicamente y en todos sus dominios á los barceloneses, por buenos, fieles y leales súbditos, lo cual se hizo en efecto.

El rey, despues de ajustados los preliminares, *rehusando*, dice un contemporáneo, «el carro triunfal que se le habia preparado, hizo su entrada en la ciudad por la puerta de San Antonio, montado en un corcel blanco; y cuando cabalgaba á través de las principales calles, el aspecto de tantos semblantes pálidos y demacrados, que revelaban el hambre en su mayor extremo, llenó su alma de tristeza.» Dirigióse en seguida á las casas consistoriales, y á 22 de Diciembre de 1472, juró en ellas con toda solemnidad, respetar la constitucion y las leyes de Cataluña.

Así terminó esta larga y desastrosa guerra civil, fruto de la injusticia y opresion paternas, que estuvo á punto de costar al rey de Aragon la mejor parte de sus dominios; que le hizo pasar en constante inquietud y desasosiego más de diez años de su vida, en la edad precisamente en que es el reposo más agradable, y que dió origen á las contiendas extranjeras que, como oscura nube, continuaron amenazándole, suspensas sobre su cabeza hasta el fin de sus dias. Produjo, sin embargo, un resultado importante; el de asegurar la sucesion de D. Fernando en todos los dominios de sus antepasados.